

mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor al prójimo. Quien no le amare no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán”³⁹.

Y Antonio Mas comenta así este texto de la Santa: “Subrayemos que el Señor es poseído más enteramente cuando se deja de gozar su compañía y soledad por el servicio al prójimo. Por tanto, la oración en soledad no agota la relación, es más, imprescindiblemente necesita de la praxis de amor a los demás, porque ella acrecienta la relación interpersonal con Cristo. Además, y esto es concluyente, quien no ama al prójimo, no ama al Señor, quien no le amare, no os ama, Señor mío”⁴⁰.

-“La metáfora de Dios”. Yves Cattin

Termino copiando otro párrafo de un autor al que no conozco, pero a quien encontré en un número de la revista Concilium, y que expresa muy bien y mejor que yo lo que he querido decir en este trabajo: “Todos los discursos sobre Dios, vienen a fracasar ante el umbral de esa palabra discreta y silenciosa que habla en el rostro del otro. Y entonces aprendemos que el único modo de ser de la transcendencia es la humildad, la del rostro desfigurado de Cristo, la del rostro del hombre abandonado, excluido, perseguido, mortal. Esta humildad indica que la única manera de encontrar a Dios, es entrando en alianza con aquel que es humillado, vencido, pobre y perseguido. No se encuentra a Dios teniendo elevados pensamientos o “estados de alma”, sino viviendo una solidaridad activa con aquel que, mendigo o apátrida, no tiene donde reposar su cabeza. Dios está en esa alianza con la humildad del hombre humillado, que nos desconcierta por completo. Por consiguiente, la transcendencia de Dios no se da en un absoluto de la vida o del pensamiento, sino que se recoge en el gesto que me hace existir para el otro. Todo lo demás sigue siendo y será siempre insuficiencia de transcendencia”⁴¹.

Lucio Arauzo Gómez, sacerdote diocesano

³⁹ Exclamaciones 2.

⁴⁰ Antonio Mas, “Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual”, 445.

⁴¹ Yves Cattin, “La metáfora de Dios”, en “¿Dónde está Dios? Un clamor en la noche oscura”, Concilium 242, Agosto 1992, 657-658.

Dios y las víctimas del terror

Rev. Aragon. Teol. 24 (2006)

Conchita Martín

Mi agradecimiento a quien ha reservado un rinconcito a las víctimas del terrorismo, invitándonos a hacernos presentes en este medio de reflexión que es una revista como ésta, ya que constituimos un reducto oscuro de la sociedad española; un aspecto social, político y religioso de nuestro tejido social.

Somos una pluralidad de pensamientos políticos, de ambiente cultural, pertenecemos a todos los niveles sociales, estamentos diversos; solo mantenemos una característica común: sufrimos de la misma forma, con la misma intensidad, pues hemos sido víctimas de la voluntad de mentes perturbadas que, con verdadera intencionalidad han machacado nuestras familias y condicionado nuestro futuro.

Han hundido, posiblemente, nuestra visión de nosotros mismos, de nuestras creencias. Cuándo una mañana, una familia como la mía, se despierta siendo el centro de atención por un hecho atroz, ¿qué hacemos? ¿A qué o a quien nos agarramos? ¿Está Dios en esos momentos junto a nosotros?. Yo quiero creer que sí. Pero no en todos los casos ni en todas las familias. Dios no se hace patente de repente cuando sufres una convulsión tan fuerte, cuando vuelan los cimientos de lo que has construido tan lentamente.

Desde ese momento, hemos de aprender a convivir con la ausencia, con el dolor; intentar desterrar el odio de tu casa, pues el odio te asfixia y no te deja vivir, hace que tu mundo sea redondo y obsesivo; y casi siempre paraliza el crecimiento de tus hijos.

Maduran de repente, pero eso no es madurar; no se crece en un sentido solo. Perciben de repente la peor dimensión del ser humano, y ellos, (casi siempre son niños), no tienen armas para combatir, ni capacidad de asimilar, se les exige comprensión pero sabes de antemano que no lo podrán hacer. Y es que las madres estamos obligadas a empujarlos a caminar, debemos cauterizar allí donde la herida es rebelde, allí donde la venganza espera agazapada.

Durante aquella fría mañana, Dios, creo estuvo a mi lado, insuflándome control, paciencia, diluyendo mi desesperación para controlar el propio desconcierto de mis hijos. Recuerdo como uno de ellos me miró con desamparo y preguntó ¿Cómo nos

hace Dios esto?. Creo que solo pude articular. Dios no nos ha hecho nada, él solo lo ha consentido. Recordé entonces las palabras de una buena amiga que en una conversación pasajera me dijo: Dios no es un cazador que sale cada mañana y señala a sus víctimas de ese día. Las víctimas las ocasionamos nosotros o el natural transcurrir de la vida humana.

Dios estuvo entonces junto a mí, porque yo no le empujé fuera. Nunca quise prescindir de ese apoyo, aunque si sentí tentaciones de creer que en realidad no existía, que todo era producto de la casualidad y que estábamos perdiendo el tiempo confiando a pies juntillas en su justicia.

Hasta aquí, hemos recorrido un largo camino de soledad e incompreensión. Las Fuerzas y Cuerpos de seguridad del Estado, son las principales receptoras de esta cuestión. Desde el principio del terrorismo las familias como la mía empezaron a tomarle medida a tan grave asunto. Sabemos que debemos dar poca información respecto a nosotros mismos, cautos con la puerta de nuestras casas, con la correspondencia, con los extraños que rondan por tu calle... Tienes que comprarte una linterna grande con que escudriñar los bajos del coche, observar si la portezuela del copiloto está forzada, detectar cuantos paquetes, sin dueño encuentres en el portal y todo bajo la silenciosa mirada de tus hijos. Hay que estar siempre en un estado de alerta continua.

El terrorismo es una sombra que se halla siempre en nuestras vidas, en nuestras casas, en las vacaciones, también en casa de nuestros amigos, y de nuestros padres, cuando comparten con nosotros profesión. Normalmente vivimos en barrios militares donde no son extraordinarios los atentados y las explosiones. A veces no es más que un cristal o un susto en la parada del autobús. Otras un vecino o un amigo.

Y de repente, casi sin darte cuenta, un día tus hijos dejan de creer en Dios, lo que para mí es desastroso por que desechan una de esas muletas que te aferran al camino equilibradamente correcto. La mujer- víctima del terrorismo, debe morderse los labios y tranquilizar a su familia, dar seguridad a los suyos, convencerles de que la vida no se detendrá ahí; que Dios estará en nuestro camino. He visto a muchas familias destrozadas por el aparente abandono de Dios; madres que no encuentran consuelo para esa parte de ellas mismas que te han arrebatado por nada. A veces no es bastante hablarles de la libertad que Dios da al hombre para salvarse o hundirse para siempre. ¿Creen que es fácil llegar a este convencimiento?.

Afortunadamente Dios está en mi camino y sé que está de mi parte; no sé si es nacionalista o si cree que debemos perdonar a toda costa, pero sé con certeza que llora con nosotros, que es el único que nos comprende total y absolutamente, por que él no tiene que votar, ni le debe lealtad a nadie más que a sí mismo.

La variada actitud de la Iglesia, ha empujado a muchas víctimas fuera de toda concepción eclesial de Dios. Ha habido pastores que intencionadamente no reconocen el sufrimiento de quienes nunca buscaron la confrontación política, de quienes encontraron la muerte de forma fortuita. Utilizan desconsideradamente sus pastorales para vilipendiar a quienes piden justicia. No reconocen la desigualdad entre el victimario y la víctima, abogan por cierta indulgencia para quien produce tanto dolor, aludiendo que también ellos son víctimas. Algunos han llegado incluso a encuestar a los párrocos de sus diócesis, sobre si oficiarán o no funerales a las víctimas del terrorismo, como si estuviéramos hablando de la aceptación o no de una Ley de educación, o del matrimonio de Homosexuales. El nacionalismo excluyente se ha introducido entre las sotanas, obligando a muchos a exiliarse para poder celebrar una Misa por sus seres queridos, a casi quinientos kilómetros de distancia.

Afortunadamente no es generalizada esta postura. Aún contamos con pastores influyentes en sus diócesis, en sus parroquias, aún hay quien desde su situación de pastor de almas interpreta el evangelio con raciocinio; lo ha sabido convertir en amor.

Antonio Beristaín, jesuita y criminólogo hace una reflexión sobre la nueva carga que empujan sobre las víctimas del terrorismo: Equiparan a la víctima con el verdugo, al torturador con el torturado alegando que la sociedad vasca, sufre una tensión en su convivencia. Constituyen dos mundos enfrentados pero iguales. Los "victimarios", lavan sus pretensiones, alegando que ellos también quieren la paz; lo que ocurre es que rechazan sus requisitos. Los partidarios de esta corriente, revestida de liberalismo y modernismo, no hablan jamás de asesinato; no hay asesinatos: hay conflicto. ¿Cómo creen que se mueve una madre o unos hijos en su entorno, cuando se difunden teorías tan sutiles y aparentemente inofensivas? Los cultivadores de la teoría del diálogo, fundamentan también la paz, en el perdón de las víctimas. Llegan a hacernos creer que en el fondo el problema radica exclusivamente en la víctima, en su actitud, en la capacidad de aguante.

Hablemos ahora de solidaridad:

Es cierto que la sociedad española es solidaria, compasiva con quien sufre, tendente a la lagrima fácil, a la conmiseración del momento. Todos nosotros, somos generosos en nuestros ratos libres, cuando no estorba nuestro transcurrir diario. Las víctimas de cualquier terrorismo fuimos descubiertas por nuestros semejantes demasiado tarde. El 11 de marzo, o antes, cuando secuestraron a Miguel Ángel Blanco. ¿Qué pasaba hasta entonces? La sociedad vasca ha sido calificada de "anestesiada", pero es que la española, mucho más plural, se ha desarrollado sorda, muda y tuerta para quienes padecieron antes lo que hoy tiene tanta cobertura mediática e incluso reúne a tantos adeptos de todo tipo.

Sin embargo todo este ambiente de envolvimiento se paraliza cuando la víctima encuentra un gran escollo en el camino de su curación. De repente hay un movimiento político y social tendente a encontrar la llamada "Paz", utilizando el método de olvidar el pasado. Hay que mirar hacia delante. Desde el parlamento español se lanzan consignas como "la política no la pueden marcar los muertos, la política es para los vivos y para el futuro". Y el ambiente que respiramos se llena con términos de dialogo, tregua, pacto, generosidad de las victimas, paz por presos, refundición de las penas, humanizar la justicia. Y la víctima se convierte en el obstáculo para que el resto de sus compatriotas consigan la Paz. De repente, cuando pedimos justicia se nos califica de rencorosos y vengativos.

En estos momentos en que la conversación con quien tiene el arma en la mano, es constitucional, ejemplo de tolerancia, justicia, todos tienen opinión, y olvidan que solo la víctima tiene algo que perder.

Cuando ciertas actitudes vuelcan su empeño en ejercer la acusación contra la víctima y asumen la defensa benevolente del victimario; nos preguntamos si además hemos de pedir perdón. Si debemos no solo permitir que se le acumulen las penas, sino que se le fundan y se extingan, para no crispar más el ambiente.

Hemos sido calificados despectivamente de politizados, de partidistas, de atacantes de la libertad de expresión, por parte de aquellos que nos ignoran intencionalmente presentando una realidad sesgada; se ha dicho también que nos dividimos. Tanta crítica no tiene razón más que en una cosa: somos un grito. Una voz imposible ya de silenciar. De repente nos hemos convertido en una multitud aplastante para una sociedad que ahora presume de ser tan solícita, pero de memoria frágil.

Hablemos ahora del perdón.

El perdón, requiere una diferenciación: El perdón divino, y el perdón en las relaciones de los hombres. Para los que como yo somos creyentes, la diferenciación quedaría fuera de toda posibilidad, ya que el cristiano tiene obligación de perdonar; Sin embargo, alivia pensar que el perdón inmediato, gratuito, pertenece única y exclusivamente a Dios. Sería infantil esperar esa dimensión de pobres hombres destrozados de dolor. Quien ha matado tan gratuitamente, quien ha causado perjuicios tan inhumanos en el cuerpo y la vida de un semejante, si pudiendo, no repara el daño causado, ni podemos ni debemos perdonarle de la misma manera que lo hace Dios. El evangelio recrimina y niega la absolución a quien no repara el daño producido por el delito. Pero todo eso es teoría; puro raciocinio para quien contempla todo desde el otro lado de la calle. Insiste Antonio Beristaín.